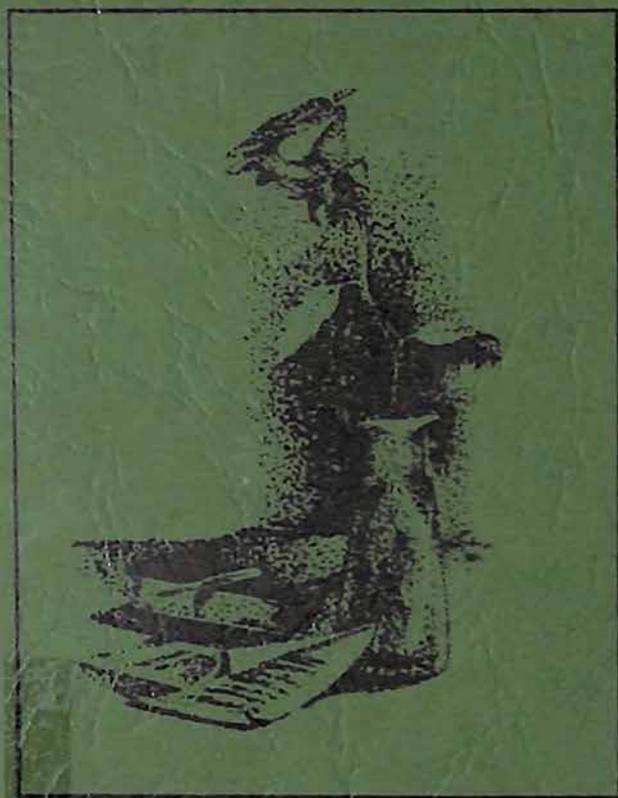


JUAN CARLOS MIESES

GAIA



Premio Pedro Henríquez Ureña de Poesía 1991

UNPHU
1992

JUAN CARLOS MIESES

GAIA
RAPSODIA EN TORNO A UN TEMA DE
ERIK LINDEGREN

Premio de Poesía Pedro Henríquez Ureña 1991

c 1992 UNPHU
Dirección de Publicaciones,
Santo Domingo,
República Dominicana.

INDICE

OBERTURA	11
UNO	17
DOS	25
TRES	37
CUATRO	41
FINALE	59

AL LECTOR :

En nosotros el universo, la realidad, el sueño. En nosotros el incesante fluir del tiempo y del espacio. El germinar sorprendente de la vida, las huellas de lo infinitamente pequeño y de lo infinitamente grande, la conjunción de lo precario y de lo eterno. En nosotros (y a pesar de la muerte), las órbitas interminables del amor y de la esperanza.

ARIOSO

En alguna parte dentro de nosotros estamos siempre juntos,
en alguna parte dentro de nosotros
nuestro amor nunca puede huir . . .

En alguna parte

Oh en alguna parte

todos los trenes han partido
y todos los relojes se han parado :
en alguna parte dentro de nosotros
estamos siempre aquí y ahora,
somos siempre tú hasta la mezcla y confusión,
somos de pronto milagro de milagros y transformaciones,
impetuosa ola, fuego de rosas y de nieve.

En alguna parte . . .

En alguna parte dentro de nosotros

donde los huesos se han blanqueado

y los espejismos se han unido,

levanta seguridad la lejanía como oleadas de oleadas

reflejas tú nuestra lejanía como la de estrella en oleada

reflejo yo nuestra cercanía como la estrella en oleada

y el sueño arroja siempre la máscara y se transforma en tí

que en dolor te deslizas de mí

para de nuevo volver

para de nuevo venir buscándome

más y más dentro de nosotros, más y más tú.

ERIK LINDEGREN

Traducción de: TORMOD BREKKE

Obertura

EN EL PRINCIPIO ERA EL PLASMA,
la inmensidad,
los resplandores que giraban en las sombras,
las elipses
que absurdamente disipaban el cosmos.

Porque antes del dolor
hubo el latido de la creación,
el devenir sereno,
irreprochable del azar,
el ardiente sangrar de los volcanes,
el crecer y el declinar de las hogueras,
la certeza del término algún día.

Y hubo espirales de fuego,
apagados meteoros,
soledades sin límites ni cauces,
vagos despojos condenados a órbitas inútiles.

Oh cautelosa voz de pulsares arcanos
Anillos y lunas que vagaban en la profundidad,
callados asteroides
prisioneros en fronteras de luces
y silencios.

Porque antes de la muerte
hubo un largo caer de escombros
en una hondura de tinieblas
y hubo el abismo de inacabables lados
todos de sombra,
todos.

Hubo furiosos de estrellas
en la suave curvatura del espacio
y en un crecer de linderos invisibles
todos desconocidos,
todos
e inalcanzables.

Oh vano desplomar de los peñascos

Oscuros universos

hambrientos insaciables de calor

y de caminos,

coléricas novias que devoraban la distancia

y su otra dimensión :

el tiempo.

Oh llamas

Oh simiente de soles

Hubo la oscuridad

toda llena de vértigos y lejanías,

océanos de fuego

en donde aún laten

y se retuercen los planetas.

Porque no tiene límites el devenir,

ni los tiene el milagro.

Faltaba aún que un nuevo mundo despertara,

la Vida :

ola de carne dolorosa y breve,

infinito más arduo y más arcano
que el espacio
y el tiempo.

Eras parte de una desnuda inmensidad,
de un gran vacío,
de portales abiertos al misterio.

Oh ecuación que deshace los ropajes del caos
Faltaban aún la prueba de la soledad,
de la quietud,
de la espera.

UNO

ANTES DE TI

se mecían serenas esperanzas para mi piel.

Fugaces

las nebulosas oscilaban

en el sereno resplandor del espacio.

Porque antes del sueño hubo la noche,

la inmensa noche sin comienzos.

Te sospechaba en el estrellarse de las aguas

contra el litoral,

en llanuras donde los pasos de un instante

no se habrían de olvidar,

en las estelas

que arrastraban los astros,
en el crecer de las corrientes estelares,
en iracundas lavas que sacudían las semillas
de la creación
y del continuun los lindes imposibles.
En el suave cambiar de las dunas,
te presentía,
en el acechar de las cavernas,
en la luna que violaba los oteros,
en los espejismos
que en los valles reflejaban tus nombres incontables.

Oh profecías

Oh cicatrices de fuego

Te sospechaba en los chubascos,
en los orajes,
en el vago murmullo del arbusto,
en la llovizna de marchitas hojas
sobre la tierra sorprendida,
en el borde de los acantilados,
en el frágil fulgor de los pantanos,
en el aro de palidez que nos circunda.

Presentía congojas de inevitables despedidas,
de solitarios despertares,
de contemplar las altas yerbas declinar
bajo el peso del anochecer
y de ver como se desdibuja el horizonte
bajo las tormentas.

Porque eras salobre promesa de caricias
desde ante de las mareas,
antes de la islas
y de los almendros.

Eras liviano soplo de tibieza,
roce de creciente pleamar,
promesa de nunca alcanzada eternidad.

Oh secretos pudores de la dicha

Oh caracoles en donde rugen íntimos mares

Arrasares de ardientes bosques corrían en tí,
mientras en tus entrañas se derramaban lavas
precursoras del dolor
y de las lágrimas.

Oh savia que hierve al roce de la tormenta

Te sospechaba en el océano
cuando aún
nacientes cúmulos de soles
palpitaban en improbables lejanías . . .
y repetidamente
te sospechaba en las olas.

Porque antes,
mucho antes del amor
hubo el mar,
el perfume de las algas rodando en los rompientes,
los fulgores del alba,
el titilar pequeño de una estrella,
el germinar de la simiente,
el deshielo.

Te adivinaba
tras esas claridades
donde el azul esconde el universo.

Porque antes del beso
hubo el suave pasar del viento en el océano,
el tibio respirar de los lagos en el atardecer.

Extrañamente te sabía
aunque ignorara
que para tí
la luna no era aún ni sus semblantes
ni la noche,
ni el instante fugaz,
ni el para siempre.

Sabía

Oh dolor de la conciencia
que en la fronteras últimas del mundo
(donde no había llegado
ni música de quásar ni cristales)

eras un oscuro mar,
unas vagas olas,
un latir reluciente entre las sombras
donde surgió la luz
y el devenir.

Que en el vacío
eras promesas de calor,
de cercanías y de arrullos.

Porque antes de la caricia
hubo el calor de la tierra,
el inclinar del árbol bajo la nieve,
el estallar del sol en el perfil del alba,
el girar de los cometas en la inmensidad,
el soplo de la brisa en la delgada piel de las lagunas.

DOS

I

PLACIDEZ DE UN ALJIBE;

en el fondo un espejo oscuro y fluctuante :

el agua.

En el centro un cirio :

la luna

apenas si visible entre el almendro.

Oh palisandro de mis sueños

En mis venas un soplo:

tu nombre.

En mis ojos una revelación :
un lugar
en donde los nelumbos
convierten a las aguas en diamantes de sol
que bullen bajo el cenit.

Lejos queda el palpitar de las galaxias.

Lejos el sortilegio de los grumos estelares.

Donde se estiran las sombras bajo tus pasos
y tus pasos siempre llegan al mar
y a sus desfiladeros
y a sus olas.

Oh correr de los días

Donde la tarde agota su rubor
en las notas de un piano que se ahoga.

Donde pasan fulgores
por la amplitud del cielo
y en tus cabellos
dejan flotando un aliento de espejeantes besos
y sobre mi piel

y dentro de mi boca
un rumor de somnolencias queda.
Un lugar de grandes nubes blancas
y agigantadas lunas
para nosotros dos,
para nosotros.

Un lugar donde no pasan nuestras horas
y las arenas
guardan en su memoria todas las huellas
y todas las promesas.

Un lugar
donde al oeste flotan relucientes brumas
sobre la placidez de los pinares
y la yerba relumbra
y se deshace bajo los tintes últimos del día.

Oh desnudez de la penumbra
Donde murmuran plegarias los cipreses
como pagodas negras en el poniente.

Un lugar

Oh saber de las cosas

en donde me ilumina la certeza
de que no pasarás como esos astros,
como este instante que se escurre,
como esta aurora que se duerme
y que se esfuma . . .

En donde ignoro que treguas no las hay
para el fluir del tiempo.

Un lugar donde el girar del mundo nos embriaga
y da tumbos la luna
solitaria
en los cirros . . .

II

(NO LUNA QUE ILUMINA DANZAS

de cambiantes siluetas,

compartida en el dormir

y en las visiones.

No la lánguida gota casi ausente y opaca

en los inviernos

y apenas encendida en las praderas.

Oh eco de helados resplandores

No ilusión de los magos,

ni centinela de forestas.

No la irreal y blanca de las tardes,
apenas si mirado parche de encajes,
apenas si cenicienta.

No la trasnochada
en la radiante aurora de las mañanas de placer,
Ni aquella que se esconde entre raíces
de dormidas arboledas.

No luna que enumera presagios
y es heraldo callado de la muerte.

No ésta la sin color,
la translúcida,

la blanquecina,

la sin remordimiento,

la de largas planicies de plata,

la que es nublado y tambaleante fanal en las tormentas.

No la que despunta claros en las dunas

y desnuda tinieblas

y enloquece de frío

y de azul

a los perros y los vigías.

No la villana pródiga de locuras,
ni la que brilla como moneda nueva
y el horizonte abarca
como una vela inmensa que late bajo el cielo.

No la pálida,
la intrusa,
la solitaria,
y bella,
la que es botón y es flor,
y es pequeñito dracma enterrado a medias en la arena.

No la peregrina,

la tenaz,

la sin fortuna,

la redonda,

la débil llamarada,

la simplemente

luna.)

III

ES MI LUNA LUNA DE UNA NOCHE

clara

como flor que nace,

y tardía

como un alba de insomnes.

Luna

como fruta dulce,

y solitaria

como el estar de la muerte.

Luna

como pájaro que tiembla de frío
dentro del alma.

No lasciva,

no hermosa mensajera

sino fragancia,

espiral de salitre,

beso que estalla inopinadamente en la mejilla,

mano que se levanta

y dice adiós,

adiós

en móviles alturas

en tanto espero

a quien hace los contornos parpadear

mientras se desvanecen en siluetas,

mientras pasan rubores sobre el parque

y el mar sueña sus lejanías

y sus caracolas.

TRES

CRECE LA NOCHE

crece.

La adusta iglesia

adormece murmurados tesoros.

Es mi luna

prosódica

al invocar Musset.

Luminoso punto encima de tu nombre.

C'était dans la nuit

Siempre es la noche el mejor momento
para la espera.

Para dejar que el insomnio
devore las ilusiones,
las sombras del corazón.

Para mirar como declina

brune

lenta

la cúpula de estrellas
de este a oeste siempre

y

en esta oscura ruta de Dios
redescubrir la Creación
el gris inalcanzable,
la vía luminosa

sur le clocher jauni

y los destellos

de milagros lejanamente dispersos,

la lune

el mejor momento

para que el bronce viejo de los templos
espante las palomas,
los beatos borrachos de ingenua fe
y de secretos ritos.
Las imágenes del sueño se borrarán
con la implacable luz de la mañana,
pero no los resabios de la pena,
no la imagen de un farol insomne en la negrura,
no la penumbra de una faz
que lentamente se hunde en el pasado
como un bosque que calla bajo el invierno,
no el adiós de los mares
que ahoga la bruma . . .

Mientras,
más allá de gramáticas tontas
y de promesas,
brilla en tus ojos
comme un point
la luna
sur un i.

CUATRO

IMPRECISOS,

los reflejos en los verdes charcos

nos repiten temblorosamente.

A los lejos

el mar desdibuja la distancia,

la calidez disuelve el horizonte.

Lento,

el despiadado sol

devuelve al mundo su belleza.

Aros de magia embriagan el oriente
y anuncian

Oh entrecruzar de los misterios
un lugar
para cerrar los párpados y reforjar visiones
y quizás algún vuelo de garza
o de paloma.

Un lugar bajo el cielo
donde decir tu nombre las veces de las olas,
la vastedad del mar,
los delirios del viento.

Donde el agua es en prismas sobre el suelo,
donde rige los abismos de fragatas
y gaviotas,
y el crisol en donde caben todos los colores
y el litoral en donde fluyen todos los mares
y todas las olas.

Un lugar
para vociferar ante los ecos:

Soy el que acecha los planetas pasar bajo los charcos
donde combas palpitan
y leves las larvas se retuercen
y los cirros.

El que busca refugio en tus destellos,
el que gira en el recuerdo de lentos arenales,
en la costa,
en las espumas,
en el sabor de la sal,
en el pasar incontenible de las cosas,
en el seguro azar que nos escoge a cada paso,
en la mañana que despierta cada vez,
en el porvenir que se resiste insensatamente a perecer.
El que enfrenta la borrasca en el mojado gris
mientras resbala el tiempo
como lluvia en cristales.

En la tarde imprecisa
fluyen garzas adormecidas en el declive de la Tierra
y late a mi pies el mar
en una y otra ola,
el mar.

El que se sienta entre las rocas
y mira como corre el mar bajo las aves
y el azul
se derrama en el lejano borde de los nimbos.

Oh horizontes de encajes

Oh precipicio de soles

Soy

el que recuerda siempre un primer beso

bajo ténues caobas:

II

(EL AGUA FLUYE

y se esparce en mi cuerpo.

Un sabor a dicha recién nacida queda en mis labios
desde tus labios entreabiertos.

Las palabras se agotan de repente
inútiles y vanas:

pequeños barcos de papel
que arrastra la corriente.

Duermen las bestias en la llanura.

A lo lejos

el inmenso gris

es la lluvia que se acerca.

Se estremecen los árboles,

el corazón,

la sangre.

El aroma es el ozono.

El llegar

de la tormenta.

El furor

de los relámpagos.

Tiembla el aire entre las piedras.

El insensato deslizarse de garzas

no termina nunca en la verde bruma.

Lejos quedó el lento anochecer,

lejos los violados garzales del poniente.

En tus hombros reposa mi cabeza.

El mundo es nuevo

otra vez

en el refugio de tus brazos

y diferente desde el declive de tu cuello.

Son de carne y de hueso las fragancias.

La magia,

patrimonio egoísta de tus labios.)

III

SOY EL QUE MIRA HACIA EL PASADO

y en silencio enumera las horas

con las letras

y los perfumes de tu nombre.

El que recibe el beso amargo de la inmensidad

y siente que se ahoga

en la sal,

en los ayeres.

El que repite cada mañana:

olvidar no destruye lo sido del amor

ni la miel, ni la abeja,
ni el vértigo,
ni los mares que se vierten serenos
sobre nubes de horizontes dorados
y en tus ojos.

Porque es el mar ir y venir
a imagen de la vida,
fluir incierto que va muriendo
y queda.

Soy
el que calla
mientras remansos transforman sus espejos.

El que presiente que habrá de ser feliz
cuando lo cubra el aroma de tu aliento.

El que cada mañana se pregunta
por qué se esfuma la trama de los sueños,
por qué combate la luz con impiedad
la magia y el amor.

Dulce es a veces la mentira,
fruta de ardiente piel,

ronco latir de venas,
aliento huracanado
y a veces casi muerto,
repetido anhelo mientras llega otra primavera.

Soy el que ante el resplandor no queda ciego
y paciente espera que los colores callen.

El que no ignora
que sólo es ruta la noche
para el universo.

El que espera
un lugar
donde el abrazo dure como las viejas piedras.

(No es bueno
que la jornada muera
sin que unas manos tejan un nuevo renacer
entre sus dedos).

Un lugar
donde nunca
sea cierta aquella sombra de ausencias
y de anhelos:

IV

(BRILLAN LAS PIEDRAS BAJO EL SOL.

La voz del odio espanta la paz de los siglos .

y de las palomas.

La mano de la estatua señala un punto incierto

hacia un nuboso norte.

Sé que nos llegarás.

Amargas campanas tañen el presentimiento

de la pena.

Es tarde.

El banco en donde espero tiene un aroma cierto:

tu recuerdo.

El día, implacable, avanza.

Pienso en el porvenir . . .

Me he de sentar en este mismo banco

y nadie habrá a quién esperar

mientras las aves pasen,

mientras las nubes . . .

No es ajena al fluir del espacio

la paz del corazón.

No es distante la desdicha

de la espera.

Nadie

a quién decir mariposa, arcoiris, mujer,

pajarillo de espuma,

tesoro, novia, fruta, canción,

estrella, rosa.

A quién decir amor

caracol verdeazul, hoja de parra,

brisa de abril,

acuarela,

gota de plata,

nardo, cofre de aromas, espejo

o luna.

Alguien

con quien callar cuando las manos hablan

y reluce violeta el horizonte

y se mecen las constelaciones sobre el acantilado

y las ondas lamen la penumbra . . .

Una vez más siento frío

como la vez primera

cuando amantes,

juntos,

mientras espero a quien debía llegar

y no ha llegado.

A quien vino una vez

y ya se ha ido .)

V

PERO UN LUGAR HABRA

Oh relucir de un sueño en la mirada

Callada dimensión de los espejos

que haya soñado algún mago de Drammen o Lulea

en donde las hogueras del otoño

celebren tus rubores

y sea grande el amor

y sea diverso

como el despertar de una foresta.

Donde no mueran nunca
los naceros del alba,
y tu perfume no se aleje
ni la niebla,
ni el vuelo de las fragatas en lo alto,
ni el azul
que engañosamente nos protege del vacío
y del vértigo.

Un lugar
espejeante de luces en la brisa
donde sea hermoso
siempre
saber que eres más bella
que los mantos de helechos que cubren los taludes
y reverdecen los despeñaderos,
más hermosa que libélula en el aire,
que celaje fugaz en la laguna.

Oh cristal de campanas

En donde sea tu nombre lo que murmure el aire
cuando vuelen palomas
y donde por tu mirada de insondable paz

tenues reflejos pasen
como las olas del amor,
como las olas.

Donde pájaros tiemblen incesantes
y después de tus besos
dejen de ser agrestes los altos pajonales.

Oh altiplanos de generosa transparencia

Un lugar grande
lleno de aromas,
de murmullos de chorreras y de cantos,
como un bosque de hadas
o tu alma.

Oh dormir de las fuentes

Un lugar donde crece el amor
como una flor silvestre en la llanura.

Quizá en el sonido de alguna lengua muerta
o no nacida,

Para nosotros dos,
para nosotros.

FINALE

BAJO UN VELO DE CIRROS

persiste en la sabana el eco de to incesante palpar,

y en las colinas

y en los senderos donde tus pisadas no se han de borrar . . .

Porque en la tierra,

el agua, el aire, el fuego . . .

quedarás.

En la tarde que aúlla desde el mar

quedarás,

en su refugio reluciente,

en su cambiante abismo,

sus salobres despojos

en sus caminos que no terminan nunca,

en sus rompientes . . .

En el gris
que se escurre en los cantiles,
en la niebla protectora
que se derrama sobre nosotros
en paz.

Oh tercas humedades

Oh tiritar del árbol y la flor

Quedarás en la distancia
como un gran océano;
en el tiempo que destila
gota a gota
agonías de atardeceres.

En el salitre

quedarás

como una nube de nostalgia
y en el olvido como un último consuelo.

En los pelícanos que se columpian en los pinos
peinados por el viento.

Quedarás en los resabios
de los pleamares del corazón,

en gotas que nunca han de caer,
en manos que tientan con codicia los lindes del azar,
en latidos como truenos cercanos.

Oh espirales del caos

Oh misterios

En rumores de la sal sobre los labios,
en desechos de tormentas
quedarás;
en los rastros de quebraduras negras
que son las cicatrices del amor,
las huellas de la pena.

Porque no importa
que sepamos que las cosas terminan,
que el final aguarda en una parte oscura del camino,
que sea la muerte glacia de piedra
donde resbala el tiempo
o los cipreses . . .

El ayer de los vestigios
ha de pasar,
pero no el fuego de tus manos

ni de tus labios,
porque después de tí

Oh indómitas galaxias tan lejos de tu mar
sólo el pasado.

Porque después de tí

Oh renacer del mar en cada ola
sólo el silencio.

Tal vez todo comienza en este instante
y todo se repite.

Tal vez
todo pase de nuevo
en algún tiempo . . .

Quedarás
en el aliento del alba que se acerca,
en el malva y el oro,
en el asombro cotidiano
donde estalla la luz bajo domos perennes.
En la indecisa bruma sobre el manto de los lagos
quedarás,

en la llovizna
y en su fragancia a cordillera adormecida
y a mañanas nuevas,
en su gotear innumerable,
en sus chorreras,
en su incierto latir,
su terco gris,
su impreciso llegar,
sus fantasmas de renovada intimidad.
Quedarás en los silencios que destilan
las garzas en su vuelo.

Aunque los peces las desgarran
en su pasar hacia un santuario de manglares.

En la llegada de las frutas maduras,
en las espigas que mecen la sabana
mientras el sol declina,
en el cielo que ordena sus colores
en arcos
y en cascadas
quedarás,
y en el agua silvestre

**hambrienta de quietud bajo la niebla
y entre hirsutos pastizales y yerbajos
esquiva.**

En el reflejo vago de la tarde sobre el río,
en el perfil de las montañas,
en sus frondosos ecos
y en sus ocasos
quedarás.

Oh costumbre de ardientes colmenares

Oh visión que termina

Escucha.

Esos truenos son palabras.

Ese aullido es el viento.

Esa herida,

ese pálido azul que oculta el cosmos,

es el día.

Estos mil ejemplares se imprimieron en los Talleres Offset de la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña, en el mes de marzo del 1992. Bajo la Dirección de Andrés Ant. Mercedes Z.; Composición: Frank Mueses; Impresión de Bartolomé González; Fotomecánica: Javier de la Cruz; Terminación: José Ant. Tavarez y Bienvenido Ant. Cleto.

Juan Carlos Mieses, el ganador de la primera edición del Premio Pedro Henríquez Ureña de Poesía, nació en El Seibo y se graduó de licenciado en Literatura en la Universidad de Toulouse Le Mirail, Francia.

Su producción literaria comprende varios títulos con predominio de la poesía, el cuento y el teatro, así como numerosos trabajos de carácter crítico en revistas y suplementos literarios.

Destacan, entre otros, "Urbi et Orbi", Premio Siboney de Poesía, 1983; "Flagellum Dei", Premio Siboney de Poesía 1985; "Ese esperado domingo", Premio FAO de Cuento 1983; "La cruz y el cetro", teatro, 1983; "Víspera de carnaval", cuento, ganador de la primera mención en el curso de Casa de Teatro 1989.

Otras obras de Juan Carlos Mieses son "Los siete sueños de Meuda-San", ballet-teatro; "Carmen"; las adaptaciones dramáticas "La Revolución Francesa" y "La Mandrágora" y los libretos de espectáculos "Visas para un sueño" y "Caribe, Caribe, Caribe".

